



Eulogio Florentino Sanz: biografía, semblanza y catálogo de obras

Dr. José Antonio Bernaldo de Quirós Mateo

I.E.S. Jorge Santayana. Ávila

Resumen: Eulogio Florentino Sanz fue un escritor de brillante pero no muy larga carrera a mediados del siglo XIX. En estos años fue uno de los autores españoles de mayor renombre, tanto en la poesía como en el teatro. Vivió en una época en que la literatura española, saliendo

del Romanticismo, carecía de una orientación clara, y él fue uno de los autores que contribuyeron a encauzarla por nuevos rumbos: hacia el intimismo en la lírica y hacia el realismo en el teatro.

Palabras clave: Eulogio Florentino Sanz, poesía española XIX

I. BIOGRAFÍA

Preliminar

Varios juicios de reconocidos especialistas nos servirán para situar a Sanz en su justa dimensión dentro de su contexto. Robert Pageard (1990: 170) afirma que fue “uno de los más nobles caracteres de la poesía española del siglo XIX”. Jesús Costa (1992: 27), señala que Sanz “si bien publica pocos poemas, no es menos cierto que sus escasos textos están presentes casi cada año en las mejores revistas y almanaques literarios, al menos desde los años cuarenta hasta 1875.” Y, como muy bien indica en otro lugar el citado Robert Pageard (1995: 130), “fue, entre 1850 y 1873, un animador y un juez muy estimado en el ambiente poético madrileño. Carolina Coronado, Pedro Antonio de Alarcón, Manuel del Palacio, Rosalía de Castro se beneficiaron de sus consejos”.

1822-1838. Arévalo: infancia y juventud

Eulogio Florentino Sanz Sánchez nació el 11 de marzo de 1822 en Arévalo. El padre del poeta (Eusebio Casimiro Sanz Guerra), natural de Olmedo, era abogado de los Reales Consejos. La madre (Josefa Joaquina), natural de Carrascalino, del obispado de Salamanca, era ya viuda dos veces cuando se casó con él. El enlace tuvo lugar en Arévalo en 1816. Tuvieron seis hijos [1].

Cuando Sanz tenía seis años falleció su madre. En esta fecha, de los seis hijos habidos en el matrimonio, sólo sobrevivían dos: el propio Florentino y Segundo Agustín, de cuatro años.

En los años siguientes, el padre del poeta debió de caer en un proceso de decadencia física o mental, hasta el punto de que hubo de ser ingresado en el asilo de San Bernardino, de Madrid [2]. Dadas las circunstancias, Eulogio quedó bajo la tutela de un pariente cercano. Castro y Serrano (1891: 37) cuenta así esta situación:

Huérfano, aún muy niño, y confiado a la tutela de un pariente duro de condición, seco de formas e infiel en el manejo de los negocios, puede decirse que Florentino se crió solo y escaso de recursos. Las relaciones con su tutor, a quien llamaba tío, se revelarán bien en este brevísimo diálogo:

- Señor sobrino -decíale un día el viejo- las malas lenguas aseguran que es usted un solemne bribón.

- Señor tío -contestole el muchacho- yo no se lo he oído a más lengua que la de usted.

Este tutor es de suponer que fuera Juan Agustín Sanz, su tío y padrino de bautismo.

Acerca de su formación en Arévalo, según Zarza Roldán (1910: 9-10) “asistió a las escuelas con gran aprovechamiento; descollando entre sus condiscípulos [...] por lo privilegiado de su ingenio, por lo *raro* de sus juegos y por lo que se hacía respetar de ellos, sin saber la causa de ese respeto.” El mismo biógrafo afirma que Sanz fue muy aficionado a la poesía desde joven.

1838-1842. Estudios en Salamanca y Valladolid

Pasó Florentino a Salamanca a estudiar la carrera de Leyes. En estos años de estudiante salmantino produjo una gran cantidad de poemas, que se conservan autógrafos [3]. Se trata de poemas juveniles que nos lo muestran imitando a los poetas clásicos, expresando sentimientos amorosos y vagando entre la naturaleza. Las fechas de estos manuscritos le sitúan en Salamanca dos cursos: 1838-39 y 1839-40, pasando en Arévalo las vacaciones estivales. En otoño de 1840 ya no se reincorpora a la Universidad de Salamanca (estuvo en Arévalo al menos hasta noviembre).

Cejador (1917: 366) se refiere a esta época de Sanz indicando que “sufrió el rigor de las desdichas en su mocedad, como estudiante pobre en Salamanca”. Por su parte, Zarza (1910: 11) indica que en Salamanca fue ayudado por un tío suyo, canónigo, “que era bueno y mucho le quería”.

Terminada la etapa salmantina, Sanz pasó a estudiar a Valladolid. Parece que estuvo en esta ciudad sólo un año (1841).

Se sitúa en esta capital castellana una célebre anécdota narrada por Castro y Serrano (1891: 37), el cual debió de oírsele al propio Sanz:

En Valladolid, donde estudiaba, se echó una novia, hija de un vidriero, plomero y hojalatero de la Plaza Mayor. Las noches de invierno acudía Florentino con un banquillo bajo la capa, en el cual se subía para ponerse en comunicación con la joven por el tragaluz de la puerta, al que se asomaba ella subiéndose en el mostrador. Una noche notó Florentino que la muchacha estaba triste y casi llorosa: preguntóle la causa y no quiso responderle; instóle de nuevo y tampoco; hasta que imponiéndose con la energía de su carácter, supo que los negocios de la hojalatería andaban mal; que el padre, agobiado por la escasez, gastaba un malísimo humor; que la vida íntima era un semillero de disgustos, y, en fin, que aquella noche había ocurrido uno de los más crueles. Florentino se mostró impasible ante el relato, y se fue como de costumbre. Media hora después una turba de mozalbetes, a cuyo frente él iba, derribaban a pedradas todos los cristales de la Plaza Mayor, con la habilidad y estruendo que puede presumirse. Los vecinos se asomaron a los balcones, los serenos acudieron, la policía llegó, y la turba fue cercada, desarmada y presa, dando con sus huesos en la cárcel; pero esto no pudo evitar que a la mañana siguiente los inquilinos de la Plaza tuvieran que acudir al vidriero, el cual vendió en un día todas sus existencias, y remedió con el trabajo parte de sus desdichas.

Así salió Florentino de Valladolid.

En Arévalo pasó el primer semestre de 1842. En esta etapa tuvo una relación amorosa sobre la que tenemos datos confusos. Varios de sus poemas autógrafos parecen relacionarse con este enamoramiento. En todo caso, según Zarza (1910: 11), tales amores fueron contrariados y ése fue el motivo de que Sanz abandonara Arévalo. En una carta autógrafa, el propio Sanz afirma que “el 29 de mayo de 1842 se concluyeron las relaciones más con esa señorita” [4].

Su salida de Arévalo también parece que se relaciona con una breve escena teatral, titulada *El desafío, loa nueva en que verá el lector lo que pasó en la villa de Arévalo el día 19 de junio de 1842*, que se conserva entre sus autógrafos (nº 296). Con esta obrilla, que circuló por todo el pueblo y quedó en la memoria del vecindario durante décadas, Sanz se burlaba sin piedad de un convecino. Entre los papeles de Sanz hay una carta del arevalense Senén Carabina, que censura al poeta por haber escrito un libelo “contra quien debieras estar agradecido, pues si no fuera por él y por mí estarías comiendo el rancho en alguna guarnición”.

1842- 1844. Bohemia en Madrid. Primeras colaboraciones en periódicos.

En 1842, posiblemente desde agosto, tenemos a Sanz en Madrid con idea de dedicarse a las letras. Otro motivo del traslado a Madrid, según Zarza (1910: 11-12), fue visitar a su anciano padre en el asilo.

¿Contaba Sanz con algún respaldo para llevar a cabo su empresa de triunfar en las letras? Castro y Serrano (1891: 38) nos da cuenta de una carta de presentación para un personaje bien situado. Pero veamos cómo la desperdició:

Traía una carta de recomendación para cierto personaje de la antigua nobleza, y se apresuró a entregarla.

-Vengo -le dijo- a poner en manos de usted esta carta y a solicitar de usted su valioso influjo...

- Perdón, caballero -interrumpió el estirado sujeto-: soy Grande de España de primera clase y tengo tratamiento de Excelencia.

- Perdóneme vuecelencia, a mi vez -añadió Florentino-; pero le advierto que yo soy villano de cuarta clase y tengo tratamiento de *tú*. Hábleme, pues, como es debido.

Con un carácter de esta especie no es difícil adivinar los sinsabores que esperaban al novel poeta en Madrid.

Tampoco sabemos a ciencia cierta si contaba con algún respaldo económico. Castro (1891: 38), que lo oyó del propio Sanz, afirma que éste durmió en ocasiones al aire libre, pero quita dramatismo al asunto:

Durmió algunas noches sobre los bancos del Prado, como él se vanagloriaba de decirlo, pero no creo que por falta de cama, sino por haber tenido quizá alguna pelotera con sus patronas.

Por su parte, Zarza (1910: 12) confirma la estrechez de Sanz y aventura una posible herencia, recibida por nuestro autor de su tío el canónigo de Salamanca, que le nombró único heredero.

A los pocos meses de llegar a Madrid aparece el primer poema publicado por Sanz, que sepamos: *La manzana*, en noviembre de 1842. Entre esta fecha y septiembre de 1844 son numerosos los textos de Florentino que aparecen en distintos periódicos, especialmente *La Risa* y *La Iberia Musical y Literaria*.

En todo caso, lo que parece claro es que, desde su llegada a Madrid, Sanz entra en contacto con numerosas personalidades del mundo de las letras: Campoamor, Ayguals de Izco, Martínez Villergas, Francisco Zea, Antonio Hurtado... Esto no es

director le entregaba sus haberes con mucho retraso, lo que le obligaba a vivir trampeando con su patrona, sastre, etc. [10]. Probablemente lo mismo le ocurría a Florentino [11].

De estos años apenas he encontrado poesía de Sanz en los periódicos. Alguna fuente (Montalvo, 1928: 213) indica que destruía sus poemas después de leerlos en las tertulias. Por otra parte, según Castro y Serrano (1891: 39), ya desde estas tempranas fechas Sanz ganó fama de buen crítico literario.

En 1846 surgió la tertulia del Café del Recreo, de la que formaron parte Sanz, Ruiz Aguilera, Cánovas del Castillo, Fernández y González y otros, aunque ello no quiera decir que nuestro poeta dejara de frecuentar el *Parnasillo*.

En el año 1847 tenemos a Sanz empeñado en la composición del drama que al año siguiente había de hacerle famoso. Por este tiempo residía en la calle del Caballero de Gracia, nº 8, principal [12].

1848. Estreno de *Don Francisco de Quevedo*

Se celebró el estreno de este drama en el Teatro del Príncipe el 1 de febrero de 1848, con Julián Romea como primer actor. El éxito fue muy grande y situó a Florentino entre los primeros dramaturgos del país [13].

Algún tiempo después, encontramos un ejemplo de la actividad de Sanz como crítico y mentor de poetas primerizos. Manuel del Palacio (1870: 107) nos cuenta cómo conoció a Florentino en una simpática anécdota. Del Palacio, empleado en una oficina de correos, escribía versos por afición y Sanz, que había acudido con un amigo a enviar un paquete, le observó y habló con su compañero:

- Parecen versos lo que está escribiendo ese muchacho.

Aquel nombre y estas palabras fueron para mí una revelación.

- Caballero -me atreví a balbucear-, son, en efecto, renglones cortos que aspiran a ser versos.

Entonces el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que acababa de estrenarse por aquellos días y a quien abrumaban por consiguiente los elogios y los aplausos, me miró bastante descaradamente, a decir verdad, murmurando:

- Si no temiera ser indiscreto, yo le diría a usted si lo son.

Y a través de la pequeña balastrada alargó la mano hacia mi libro.

Yo se lo di con orgullo y temor al mismo tiempo: temor, por la lectura; orgullo, por el lector.

Florentino y su amigo recorrieron en pocos minutos bastantes hojas del infolio, que estaba ya a punto de concluirse. Por fin se detuvieron, y leyeron una misma composición dos o tres veces; después, devolviéndome el libro, me preguntó el primero:

- ¿Cómo se llama usted?

- Manuel del Palacio -respondí con la misma turbación que si estuviera delante de un juez.

- No he oído ese nombre en mi vida -replicó-, lo cual me prueba que no ha escrito usted nunca para el público.

- Así es, en efecto, señor Sanz.

- Muy mal hecho -exclamó casi en tono de reprensión.

- Y yo ¿qué le he de hacer? -murmuré con acento de disculpa.

- Lo que ha de hacer usted es copiar estos versos, estos que se titulan “La flor de mi esperanza”, y llevármelos esta noche al café del Príncipe, ¿sabe usted dónde está?

- Sí, señor; no he estado nunca. Pero ¿no he de saber el café donde se reúnen los poetas?

Aquella misma noche, Sanz presentó a Manuel del Palacio en el *Parnasillo* y pocos días después sus versos eran publicados en una importante revista madrileña.

1849-1854. Nuevo silencio literario. Primer cargo, primera renuncia

A pesar del cierre de *El Español*, Florentino sigue dedicado a tareas periodísticas en distintas publicaciones de 1849 (*La Patria*, *La Víbora*, *La Sátira*), pero, por una u otra razón, sin continuidad.

En el plano de las amistades personales, nos ha llegado un testimonio del destacado poeta Vicente Barrantes, quien por estos años de 1849 ó 1850 visitaba a Florentino en su casa y mantenía con él conversaciones sobre temas literarios. Barrantes cuenta que conoció a Juan Martínez Villergas en casa de nuestro poeta [14]. También por estas fechas Sanz era uno de los numerosos escritores que integraban una Sociedad de Autores que se fundó en 1844 con idea de defender los derechos de los literatos [15].

En abril de 1851 fue fundador y redactor, con Antonio Hurtado, de *El Mundo Nuevo*, periódico satírico contra la política conservadora de Bravo Murillo; pero renunció a primeros de junio. Poco después (el 15 de ese mismo mes) aparece publicada en el *Semanario Pintoresco Español* una escena de una nueva obra dramática de Florentino: *La escarcela y el puñal*. Carrere (1908: 343) vincula esta obra (cuyo título confunde) con una nebulosa relación sentimental de Sanz:

También se le atribuye un drama titulado *El puñal y la escarcela*, pero no se ha podido encontrar el manuscrito entre sus papeles después de su muerte. Persona autorizada cree que había en aquella obra un gran interés de intimidad, y que ha permanecido encerrada en el secreter de una dama hermosa y algo aficionada a las letras, cuyo nombre y el del poeta están unidos en una poco conocida historia sentimental.

Exceptuando la escena publicada, poco más se sabe de esta obra [16].

Parece que en otoño de 1851 Sanz era redactor de *El Observador*. Conocemos el dato por José del Castillo, amigo personal y biógrafo de Núñez de Arce. Cuenta Castillo que el célebre poeta vallisoletano, recién llegado a Madrid, acudió a la

redacción de *El Observador* y consiguió allí un empleo. Continúa Castillo: (1907: 43):

Aquella misma tarde [...] salía en busca de una casa de huéspedes donde alojarse del brazo de Eulogio Florentino Sanz [...]. Por cierto que en el camino se encontraron a un joven melencólico y harapiento, de rostro pálido y melancólico y de singular atractivo, a quien Florentino Sanz dijo designando a su acompañante: “Carlos, aquí tiene usted un buen escritor, que, con el tiempo, ha de meter mucho ruido; y usted, señor Núñez, salude al gran poeta Carlos Rubio.” [17]

En agosto de 1852 Sanz fue agraciado con un interesante cargo. A consecuencia del nuevo Real Decreto sobre teatros, fue nombrado vocal de la Junta Consultiva de Teatros del Reino, junto con otros dramaturgos famosos. Su sueldo fue de doce mil reales. Es la primera vez que tenemos constancia cierta de que Florentino disfrutara de un sueldo importante. Sin embargo, nuestro poeta renunció a su cargo nueve meses después (hacia abril de 1853), sin que sepamos la razón [18].

Volviendo a 1852, *La Época* (22-IX-1852) publica la relación de los firmantes de una carta enviada al juez de Chamberí en favor de Juan de la Rosa González: Quintana, García Gutiérrez, Sanz, Hartzenbush, Selgas... Vemos a Sanz, junto con lo más selecto de las letras de entonces, preocupado por un caso de justicia [19].

1854. Cruzada Villaamil. La revolución. Achaques de la vejez.

Nos encontramos ya en 1854. En enero, la prensa de Madrid se pronunció en un manifiesto, haciendo saber a sus lectores su oposición a la política represiva de Sartorius (jefe de Gobierno desde septiembre de 1853). Poco después, el 12 del mismo mes, en una carta pública, una amplia serie de escritores se adhirió a la protesta de la prensa: Quintana, García Tassara, Andrés Borrego, Pastor Díaz, Cánovas, Sanz... [20]

En el ámbito personal, hay que reseñar la amistad de Sanz con el joven Gregorio Cruzada Villaamil, que tal vez comenzó este mismo año. Sabemos de esta amistad gracias sobre todo a Pedro Antonio de Alarcón (1891: 1863), quien nos informa de que Villaamil fue “profesor eficacísimo y desinteresado de infinidad de jóvenes artistas y poetas de 1854 a 1868...”, entre los que se contaban Sanz y el propio Alarcón. El novelista granadino nos cuenta que en 1854 Sanz era el predilecto de Villaamil, y que vivían juntos:

Cuando, en los primeros días de septiembre de 1854, llegó a Madrid la bandada de literatos y artistas granadinos [...] [21], ya hacía Cruzada Villaamil oficios de Mecenaz en esta coronada villa, aunque sólo contaba veintidós años. [...] Era entonces su Horacio, quiero decir, su poeta favorito, el inolvidable Eulogio Florentino Sanz, quien ostentaba frescos sobre sus sienes los laureles ganados con el *Don Francisco de Quevedo*. Juntos vivían; y como quiera que Pepe Castro, verdadero *guión* de nuestra bandada, había ya residido anteriormente en el Madrid para nosotros nuevo, y conocía íntimamente a Florentino Sanz, pronto nos hizo a todos amigos de éste y de Cruzada [...]. Eulogio Florentino Sanz (q. e. p. d.) era el *ídolo vivo* de Cruzada, o sea la personificación militante de muchos de sus ídolos muertos. “Moderno Calderón”, “moderno Tirso”, “moderno Lope”, llamábanle, en efecto, los folletines.

Quizá por este tiempo -o un par de años antes- empezó también la amistad de Sanz con el gran periodista Pedro Calvo Asensio, que fundó el 15 de junio de 1854 el

periódico progresista *La Iberia*. Lo cierto es que, cuando Sanz parta hacia Berlín algún tiempo después, irá también como encargado de los negocios de *La Iberia* para Prusia y Sajonia [22]. Sabemos por Zarza Roldán (1910: 22) que Sanz frecuentaba también la cafetería del mismo nombre, adonde acudían otros muchos escritores y políticos: Calvo Asensio, Sagasta, Adelardo López de Ayala, Hartzenbusch, etc. [23]

En el verano de 1854 (¿tal vez animado por Cruzada Villaamil?), Sanz emprende por fin la redacción de una nueva obra de teatro, *Achaques de la vejez* [24]. Como indica Selden, las fechas que aparecen en el manuscrito son muy significativas: 13-VI-1854 (primer acto); 5-VII-1854 (segundo) y 25-IX-1854 (tercero). Es decir, entre el segundo y el tercer acto, Sanz parece que se tomó un respiro. Selden (1917: x) deduce que interrumpió la obra para participar en la sublevación popular que tuvo lugar en Madrid en los días 18 y 19 de julio. Aunque Cejador (1917: 367) confirma este extremo (“Tomó parte en la revolución de julio de 1854”), no sabemos con detalle en qué consistió esta participación, aunque su nombre no figura en las listas que se publicaron de personas heridas en las barricadas de las calles madrileñas. Sin embargo, sí nos ha llegado una curiosa noticia sobre su contribución previa a la sublevación: Francisco Blanco (1891-94: II, 39) afirma que se hicieron célebres varias composiciones de sátira política de Sanz, “una especialmente que circuló manuscrita por todo Madrid y preparó la revolución del año 54”.

Triunfante la revolución, Sanz termina el drama, que fue estrenado en el Teatro del Príncipe el 13 de octubre, con Teodora Lamadrid como primera actriz. Tuvo algunas críticas favorables y alcanzó once representaciones consecutivas (del 13 al 23 de octubre) y otras tres más a mediados de diciembre [25]. Tras ello, desapareció de los escenarios. Su éxito, por tanto, fue bastante menor que el de *Don Francisco de Quevedo*. Al mismo tiempo que se representaba, el drama fue impreso, en la que es hasta hoy su única edición [26].

Tras esta obra, Sanz no volvió a estrenar ninguna otra pieza, disgustado por los gustos teatrales del público burgués, que él despreciaba.

Poco después de la revolución, la contribución de Sanz a la causa triunfante será premiada con un cargo diplomático: por Real Orden de 11 de noviembre se le nombra Secretario de primera clase de la legación española en Berlín. Su sueldo fue de 24.000 reales [27]. Según Selden, “este nombramiento se debió probablemente a los buenos oficios de su amigo Nicomedes Pastor Díaz”. Ignoro cuándo comenzaría la amistad entre Sanz y Pastor Díaz (importante político y poeta de estos años), pero parece que fue bastante estrecha. Más abajo volveremos sobre ello.

Cuenta Alarcón (1891: 1863) que el animoso Cruzada Villaamil hizo las maletas y partió con Florentino hacia la Embajada: “el fastuoso Cruzada se hizo nombrar, excuso añadir que *sin sueldo*, agregado a la misma, con el fin de no separarse de su dramaturgo”. Consignemos también que, poco después de su nombramiento, Sanz recibió su primera condecoración, al ser nombrado el 26 de noviembre Caballero de la *Ínclita* de San Juan de Jerusalén [28].

1855-1856. Berlín

Tras viajar desde Madrid en compañía de Gregorio Cruzada Villamil, Sanz tomó posesión de su cargo el 9 de enero de 1855. Desconozco si tenía conocimientos de alemán antes de este viaje, aunque parece que adquirió pronto un buen manejo de la lengua.

Cuenta Alarcón (1891: 1863) que Cruzada no tardó en volverse a España, y señala como motivo de la separación de los amigos una presencia femenina. Sanz, en efecto,

tuvo una compañera sentimental en Berlín, de la que hablaremos inmediatamente. El siguiente dato que conocemos sobre Sanz lo aporta Selden (1917: xi): en junio se le conceden cuatro meses de permiso por su mala salud debido a la dureza del clima -sin que sepamos dónde pasó Sanz estos meses de permiso-. Y otro dato más: el 29 de agosto fue nombrado comendador de la Orden de Carlos III por sus distinguidos servicios [29].

Corresponde a octubre de 1855, es decir, cuando está finalizando el permiso consignado, el borrador de una carta manuscrita de Sanz dirigida a Juan Valera [30]. En ella dice Florentino que “mi pequeña señorita alemana” conoce y recita estos versos de Chamisso: *Un beso tan sólo me das tú, mil te doy yo por uno*. A continuación Sanz dice:

“y yo soy el muchacho más infeliz porque yo no puedo siempre, no siempre puedo *Besos, sin número ni tiempo dar, tomar y volver a dar* [31]. No señor mío, no siempre puedo... yo carraco, recarraco, como las monjas españolas con razón me llaman”. [32]

Se pueden situar en 1855 unas traducciones de Adelbert Von Chamisso que realizó Sanz pero dejó inéditas [33]. Por otra parte, a finales de este mismo año, comienza una serie de colaboraciones con *La Ilustración*. Su artículo “Filología moral. Divertirse” aparece el 3 de diciembre, y el 7 de enero de 1856 aparece “Entre comillas”. Éste es menos interesante, pero el primero nos muestra a un Sanz con una visión de la vida bastante negativa, aquejado por el tedio, que recuerda al Quevedo de su drama. Poco después, el 26 de febrero de 1856, se publicó en *La Iberia* la célebre *Epístola a Pedro*, donde Sanz rememora su visita al cementerio de Berlín, donde estaba enterrado el poeta español Enrique Gil y Carrasco.

En 1856 realiza la traducción del poema *Proximidad del amado*, de Goethe. También en esta fecha comenzó seguramente las traducciones de Heine.

Situaremos en 1856 dos anécdotas narradas por Castro y Serrano (1891: 41-42):

Hallándose de Encargado de Negocios en Berlín, asistía a un banquete de diplomáticos en que el Embajador de Austria, Conde de Esterhazy, se permitió hablar de los poetas con cierto impertinente desdén:

- ¡Los poetas, los poetas! -decía-. ¿Para qué sirven los poetas?

- Los poetas, señor conde -exclamó Florentino en alta voz y en el buen alemán que ya hablaba-, sirven para todo lo que sirven ustedes, y además para hacer versos, que ustedes no saben hacer.

Otro día le preguntaba el Embajador de Rusia, con algo de malicia:

- ¿Cómo se visten las mujeres en España, Sr. Ministro?

- Las mujeres en España, Sr. Embajador, se visten de Emperatrices de Francia.

Acababa de casarse Napoleón III con Eugenia de Montijo [34].

Parece que la estancia en Berlín ya se le iba haciendo larga a nuestro poeta, quien, según informa Selden (1917: xi), presentó su renuncia al cargo. El 6 de noviembre de

1856 aparece la Real Orden que contiene su cese (el cual se hará efectivo tres meses más tarde).

Precisamente en noviembre pasa por Berlín Juan Valera formando parte de una embajada extraordinaria española con destino a Rusia. Las dos primeras *Cartas desde Rusia* de Valera son un testimonio muy interesante para nosotros, porque nos hablan de los compañeros de embajada de Sanz. Además, dan o permiten imaginar datos interesantes sobre la vida nocturna de Florentino en la capital prusiana. Así, en su primera carta, comenta Valera las libres costumbres de las chicas alemanas, y nos habla de una noche en compañía de Florentino:

Anoche, Florentino Sanz y yo hicimos de Fausto y Mefistófeles con dos modistillas muy guapas y nos regocijamos en grande en una taberna, donde todo el gasto de vino del Rhin y comida no pasó de un duro de nuestra moneda. Allí las introdujimos en la cámara del vino, *in cellam vinariam*, y el nardo dio su olor. ¡Ojalá que orégano sea y no alcaravea!
[35]

En la segunda carta, Valera transmite algunos cotilleos de diplomáticos con los que charla, y que no hablan bien de la legación española. En particular, sobre Sanz dice:

De Florentino Sanz también hablaron mal, y peor hubieran hablado si yo no hubiese dado a entender que soy su amigo [36].

Paréntesis: Amores y amoríos

Prescindiendo de los amores adolescentes en Arévalo, y de aventuras como la que refiere Valera, hemos mencionado dos figuras femeninas importantes en la vida de Florentino: Matilde Benavides y la “pequeña niña alemana” [37].

A la primera se refiere extensamente Carrere (1908: 342), que la trató personalmente, situando el inicio de la relación amorosa en los primeros tiempos madrileños de Sanz. Sobre el el destino posterior de Matilde, comenta Carrere:

Al hablar de Florentino Sanz es justo dedicar un recuerdo amoroso a la que fue en su vida una abnegada amante, con solicitudes puras de hermana; y cuando el poeta, ya en edad madura, se casó, M*** B*** fue la más tierna, la más leal amiga de la esposa. A la muerte del escritor los periódicos hilvanaron algunas frases hechas; después se le olvidó, pero sintió el dolor de todos el corazón de la constante, y su alma, ya sin objeto, cayó en una triste extravagancia, cercana a la locura. Ya en la vejez, cuando yo he solicitado de ella noticias íntimas del poeta, su voz temblaba de emoción: que al hablarme de Florentino Sanz hablaba de la esencia de su vida entera, una vida resignada de sacrificio y de melancolía, en la que no había más rayo de sol que los coloquios románticos de la juventud.

En cuanto a la acompañante alemana de Sanz, sólo sabemos lo apuntado en el apartado anterior: que fue la causa de que Cruzada dejara Berlín, y que Florentino, en una carta a Valera, da cuenta de su apasionado amor.

Sin embargo, unas líneas del arevalense Hernández Luquero (1972: 2) vienen a relacionar inesperadamente a ambas mujeres.

Yo conocí y traté a quien le acompañó en sus correrías diplomáticas por Europa, pues nos representó en Berlín, la polaca Juana, en quien hubo

una hija llamada Filomena. Esta polaca murió nonagenaria, tras haber tenido un largo trecho la razón oscurecida. Volvió a ella la lucidez algunos años antes de morir, y yo la he visitado en un piso decoroso en la Calle Bailén, donde también gozaba de su noble trato el ilustre crítico Enrique Díez-Canedo.

Parece indudable que Carrere y Hernández Luquero se refieren a la misma persona, a la que ambos (buscadores de recuerdos de Sanz) trataron en Madrid por los mismos años. Si efectivamente esto es así, queda por explicar el extravagante nombre que le da Luquero (“la polaca Juana”); así como situar en el tiempo el inicio de la relación amorosa, que pudo surgir en Berlín o ser anterior.

En cuanto a la hija de Sanz, también se refiere a ella Montalvo (1928: 214):

nos legó su sangre en la hija que reconoció de una ilustre dama, fruto de sus juveniles y apasionados amores (doña Filomena Sanz, viuda de Arévalo, que tiene una hija notable artista).

Hasta el momento, por tanto, no conocemos bien la vida amorosa de Sanz -lo que al fin y al cabo es lógico-. Los testimonios de Zarza, Castro, Blasco y Carrere nos muestran que Sanz (soltero hasta los cincuenta años) debió de vivir diferentes aventuras. Díez-Canedo (1914: 103) comentó:

Nadie ha hecho revivir, ni acaso todavía es hora, la vida íntima del poeta, coronada por la pasión con una fresca guirnalda de nombres de mujer, aunque algo de ello apuntara Emilio Carrere.

Pero parece que el episodio de Matilde Benavides y la “pequeña niña alemana” es central en esta biografía amorosa.

1857-1858. De nuevo Madrid. Impacto de las traducciones de Heine

Sanz abandonó Berlín a principios de febrero de 1857 y, pasando por París, llegó a Madrid a finales del mismo mes. Es lógico suponer que no tardara en reanudar sus relaciones con amigos y conocidos; por ejemplo, con Cruzada Villaamil. Alarcón (1891: 1865) nos cuenta que, desde que Sanz y Cruzada se separaron en Berlín, éste volvió a Madrid y fundó en su casa una tertulia (que llamó *Sala de Rada*) en la que se practicaba la esgrima y se leían textos literarios. Aunque parece que Alarcón y Sanz se conocieron antes de la estancia del arevalense en Berlín, es a partir de ahora cuando, en esta tertulia, estrecharon sus lazos, llegando a tener amistad y a trazar proyectos comunes, como veremos más adelante. Alarcón (1885: 5) recuerda la importancia que tuvo Sanz en sus inicios como escritor, aconsejándole que no se dedicara a la poesía, sino a la novela.

Según Alarcón, Sanz leyó sus traducciones de Heine en la tertulia de Cruzada. Ya en esta fase de lectura oral, como apuntan diversos testimonios, las traducciones debieron de causar honda impresión. Aparecieron publicadas en *El Museo Universal*, el 15 de mayo, precedidas de una nota de presentación que indica la importancia que esta revista concedía al acontecimiento. En efecto, el impacto causado por estas traducciones en nuestra poesía ha sido reseñado por numerosos autores. Particularmente, Bécquer y Rosalía, los dos principales poetas españoles de la época, experimentaron la influencia de Heine a través de la forma que le da Sanz.

Aunque sí se sabe que Sanz y Bécquer se trataron personalmente, no podemos precisar en qué fecha se conocieron [38]. En lo que respecta a la poetisa gallega, había llegado a Madrid en 1856, y vivía con su tía, noble señora en cuya casa tenía

lugar una notable tertulia. Según González Besada (1916: 39), Sanz ayudó personalmente a Rosalía a conocer la poesía de Heine, lo que fue esencial para su trayectoria poética.

Volvemos a tener noticias de Florentino en *La Iberia*, el 22 de mayo de 1857, donde se informa de que el día 17 se constituyó la comisión encargada de levantar un monumento que guardara las cenizas de Larra y Espronceda. Se reunió la comisión en casa de Cruzada Villaamil, nombrándose presidente a Salustiano Olózaga. “El secretario, señor don Eulogio Florentino Sanz, estaba ya nombrado desde la reunión preparatoria que tuvo lugar en el teatro del Príncipe”, dice el citado periódico.

Poco después, *La España* (29-V-1857) da una noticia interesante, pero que no se llegó a confirmar: Sanz estaba escribiendo una comedia para ser estrenada ese verano en Carabanchel.

El siguiente suceso en el que encontramos a Florentino es la publicación de la obra de un amigo, el recientemente fallecido Francisco Zea. Conmovidos por la muerte de este poeta, aún joven, se reunieron el 10 de agosto en casa de Cruzada Villaamil unas cien personas, que formaron dos comisiones: una, integrada por Cruzada, Calvo Asensio..., que visitaría a la reina para lograr una pensión para la viuda; otra, integrada por Ruiz Aguilera, Sanz, Fernández y González, Alarcón, Luis Mariano de Larra, Castro y Serrano..., cuya tarea sería buscar, seleccionar y ordenar las obras del poeta. Una vez hecho esto, se visitaría al ministro de la Gobernación para que el Estado costeara la impresión [39]. Todos estos pasos y gestiones se solucionarían favorablemente un año después con la publicación del volumen *Obras en verso y prosa de D. Francisco Zea*. Sanz se encargó de redactar el epílogo, que tituló “Cuatro palabras a los lectores de este libro”.

Cerraremos el año 1857 con la tertulia navideña del Marqués de Molins. Esta tertulia se había celebrado ya en años anteriores, pero parece que Sanz no había concurrido [40]. Sí asistió en este año de 1857, que presentó una novedad en relación con las tertulias anteriores: la redacción entre los escritores asistentes de un periódico, completamente en verso, que se tituló *El Belén*, y que, una vez compuesto, se vendió por las calles de Madrid con fines benéficos [41]. Sanz contribuyó con el poema *Revista de Modas*, cuya sección central es el célebre fragmento *El color de los ojos*, que ganó gran fama.

El 28 de enero de 1858, *La Época* comunica que Sanz está escribiendo una zarzuela para el Teatro de la Zarzuela. Como en el caso de la comedia anunciada algunos meses antes, la noticia no se llegó a confirmar [42].

Este año Sanz se decidió a entrar seriamente en política, concurriendo a las elecciones como aspirante a Diputado. De los datos que veremos a continuación se desprende fácilmente que Sanz estuvo integrado en la Unión Liberal [43].

1858-1863. Diputado

O'Donnell convocó elecciones el 30 de junio de 1858, y las nuevas Cortes se inauguraron el 1 de diciembre del mismo año. En los meses intermedios, dado el sistema electoral de la época, los candidatos se afanaban por conseguir, personalmente o por medio de amigos y valedores, los votos de los electores de su distrito. Sanz concurrió por Alcázar de San Juan, resultando elegido. En la reunión de los diputados que obtuvieron la mayoría, celebrada el 30 de noviembre, nuestro poeta fue nombrado miembro de la comisión permanente de actas.

Otra noticia un poco posterior es de tema literario. Nos informa de una reunión que tuvo lugar en casa del propio Sanz, a mediados de diciembre, en la que intervinieron varios literatos para tratar sobre la discusión que se había planteado sobre la originalidad del drama de Luis Mariano de Larra *La oración de la tarde*, de tema semejante a *El cura de aldea*, de Pérez Escrich. Por el momento no se resolvió la cuestión [44], pero en la misma reunión surgió la idea de organizar una sociedad literaria que velara por los derechos de los escritores. Se formó una comisión, en la que entraron Hartzzenbush, Sanz, Olona, etc. [45]. Ello nos muestra de nuevo a Sanz preocupado por el tema de la propiedad intelectual.

En agosto de 1859, fue nombrado ministro ante el emperador de Brasil [46]. Un mes más tarde, nuestro poeta envía un escrito al Secretario de Estado renunciando a este cargo diplomático “por las razones que tuve el honor de someter verbalmente a la consideración de Su Excelencia”. (La dimisión le fue admitida mucho más tarde, por Real Orden de 14 de mayo de 1860) [47]. No es extraño que Sanz renunciara a este destino, tan apegado como estaba a Madrid y disfrutando ahora de un cargo tan apreciable como el de diputado.

En cuanto a su actividad como diputado y como miembro de la comisión de actas, en este año de 1859 Sanz tuvo que enfrentarse con cuestiones delicadas. Por ejemplo, el acta de diputado de su amigo Juan Valera, que estuvo dudosa, aunque finalmente resultó elegido [48]. En el *Diario de Sesiones de las Cortes* (como recoge Jesús Costa, 1992 y 1998) se reflejan también asuntos como el acta de Loja, donde Sanz, en aras de la justicia, tiene que dar la razón a los moderados, contrariando a su propio partido. Su intervención es muy interesante [49], ya que nos lo muestra preocupado por hacer justicia al margen de los intereses partidarios:

“al aceptar, bien a pesar mío, el puesto de individuo de la Comisión de actas, pareciome a mí que dejaba de pertenecer a todo matiz de mayoría y minoría, y que el diputado que se sienta en este banco debe perder de vista los demás de la Cámara; es individuo de un Jurado, y por eso se sienta en un banco aparte”.

Y más tarde se queja de las penas que le trae su pertenencia a la comisión:

“Las amarguras que aquí estoy pasando, no son para dichas. Las hay de todas clases. Y cuando yo rehuía el puesto que en esta comisión se me daba, no es que yo rehuyera los combates; a mí me gustan los combates; yo entro en los combates con gusto, cuando tengo la justicia por compañera; pero la comisión de Actas no es un combatiente...es puramente el blanco a donde todos tiran...”

Además de la importante comisión permanente de actas, perteneció a la de corrección de estilo. Y así mismo se le encomendó la redacción del mensaje de contestación a la Corona.

También se sitúa en 1859 el siguiente testimonio, tomado de las memorias de Gutiérrez Gamero (1962a: 124), que nos habla de la íntima relación de Sanz con Pastor Díaz y Alarcón:

Era don Nicomedes Pastor Díaz [...] un hombre sumamente agradable. A su casa de la calle de Atocha (donde estuvo el Liceo Ríus) iba yo con frecuencia [...], y cuando la casualidad me deparaba la suerte de hallarse reunidos junto al anfitrión los que él llamaba sus ayudantes, don Pedro Antonio de Alarcón, don Eulogio Florentino Sanz y otras personas que no recuerdo, y se enzarzaba una polémica sobre cualquiera de los asuntos

palpitantes que excitaban a la controversia, atento oía a todos, admirando los razonamientos de don Nicomedes [50]

En la legislatura de 1860-1861, Sanz formó parte de la comisión de las Cortes encargada de la etiqueta por el cumpleaños de la reina; nombramiento que Jesús Costa (no sé si con mucho fundamento) considera un acto de marginación desde su propio partido.

La España, el 10 de febrero de 1860, da cuenta de una nueva reunión en casa del Marqués de Molins, en esta ocasión para celebrar la toma de Tetuán. Figuran entre los asistentes González Bravo, Alcalá Galiano, Gil y Zárate, Campoamor, Castelar, Sanz, Hartzenbusch... Lo más granado de la literatura y la política de entonces. Por estos años, además, Sanz asiste el café Suizo, que contaba con una nutrida clientela de escritores, políticos y periodistas (por ejemplo, Bécquer).

El 13 de agosto de 1863 se produjeron nuevas elecciones para diputados, y Sanz cesó en el cargo. Según Costa (1992: 24), el alejamiento de la política fue por su propia voluntad. Ahora bien, hay que señalar que esta decisión coincide con la actitud de todo el partido progresista, que, muy descontento, optó desde 1863 por el abandono de las instituciones. Faltan tan sólo unos pocos años para que *La Gloriosa* derribe el reinado de Isabel II.

1863-1872. Inactividad. Apuros económicos

Al dejar el empleo de diputado, Sanz, al parecer, pasa unos cuantos años sin ninguna dedicación. Seguramente al principio vivió de las rentas que tuviera ahorradas de sus años anteriores, pero después de algún tiempo entró en una fase de apuros económicos.

¿En qué ocupa sus días durante este largo período de nueve años? Los distintos testimonios de que disponemos nos lo muestran a veces en el Casino de Madrid, en tertulias, vagando por Madrid... Parece que alentó algún proyecto periodístico que no salió adelante...

En efecto, el 3 de noviembre de 1863, el diario *La Discusión* anunció la próxima aparición del periódico *La Política*, redactado por Alarcón, Sanz, Núñez de Arce y Mayo; periódico que sería defensor de la Unión Liberal. Sin embargo, la noticia no se confirmó con hechos. La misma fuente, el 23 de marzo de 1864, insiste en algo parecido: anuncia que Sanz y Pedro Antonio de Alarcón publicarían pronto una hoja satírica, político-literaria, dos veces por semana. De nuevo, sin confirmación.

Prácticamente ya no publica nada. Sin embargo, Carrere (1908: 343) nos dice que seguía escribiendo, mas no para el público, ya que destruía sus composiciones. También Eusebio Blasco (1886: 66) nos habla de su trabajo poético en estos años, relacionado con sus aventuras amorosas:

Le encantaba la vida misteriosa. Se había propuesto no dar versos al público, pero hacía composiciones a un sin fin de *cursis adoradas*, como llamaba él a las mujeres que conocía por ahí en cafés apartados del centro, en teatros de tercer orden, en los paseos solitarios, en las iglesias más lejanas.

- Hay mucha delicadeza oculta -me decía-. Mujeres a quienes nadie conoce y que si llevaran un título y tuvieran un coche pasarían por modelos de *esprit*, porque el mundo es así y el vulgo llena las dos terceras partes del globo.

Es preciso hablar ahora de la relación de íntima amistad surgida entre Sanz y Eusebio Blasco, veinte años más joven que nuestro poeta (había nacido en 1844). Situaremos su primer encuentro, por aproximación, hacia 1864. El propio Blasco (1886: 65) nos relata el episodio:

El origen de nuestra amistad fue muy curioso.

Había yo escrito en *La Discusión* cierta quisicosa sin firma, y se discutía en el Casino de Madrid sobre de quién sería.

Entré en aquel momento y dije a los ilustres desocupados que había alrededor de la chimenea:

- Señores, no discutir más; eso es mío.

Se levantó entonces Sanz y me dijo:

- ¡Ah! ¿Es de usted? ¡Pues oye!

Y me llevó aparte para darme consejos y dedicarme cariñosas censuras.

Texto interesante porque nuevamente vemos a Sanz en su papel de mentor de nuevos talentos.

A continuación, Blasco (1886: 64-66) nos transmite algunas conversaciones que mantuvo con Sanz. Son muy valiosas para conocer la personalidad del poeta de Arévalo, y examinar sus opiniones sobre teatro, público, etc.

Prefería morir de hambre a escribir versos que, según él decía, no habían de entender las gentes.

Desde que dio al teatro su comedia *Achaques de la vejez*, juró no escribir más. Nuestras discusiones sobre esta resolución eran muy animadas.

Daba yo a la escena tres o cuatro comedias al año, y esto le parecía a mi inolvidable amigo el colmo de la abnegación.

- ¡Entregarse de ese modo a unos cómicos tan malos! ¡Me haces el efecto de un hombre que engendrara hijos para arrojárselos a las fieras!

Y no había medio de convencerle de su error.

Mira -me dijo en cierta ocasión- tengo pensado y anunciado por ahí hace tiempo un drama que se llama *El puñal y la escarcela*.

-¡Ah! ¿Al fin oiremos otro drama tuyo?

- No. Espera... Tú que vas por ese mundo que aborrezco, de magnates o de banqueros, búscame un rico muy bruto que me dé ocho mil duros por el drama y lo firme. Te respondo de que gustará, y al hombre puede convenirle ser autor dramático.

¡Cómo pintaba este rasgo su manera de ser!

Quería que el drama tuviese el precio en que él lo tasaba.

- ¡*El puñal y la escarcela!* -decía yo-. ¿Será un drama de capa y espada?

- No, hombre, no, pero si lo anuncias con el título de *Fulano de tal*, o *El gabán de pieles*, o *La condesa viuda*, no llamaría la atención, porque aquí no gustan más que los dramas, y por eso empecé yo mi breve carrera con el *Don Francisco de Quevedo*.

Y añadía:

- Querido, aunque escribas más comedias que Lope de Vega, no harás el ruido que produce cualquier autor vulgar en un drama que destrocen a gritos los actores. Voy a ponerte ahora mismo un ejemplo del paladar nacional. Ahí tienes a nuestro amigo G*** [en nota a pie de página: D. Joaquín de la Gándara], un banquero, persona distinguida que ha viajado por Europa. Todas las noches cena en aquella mesita junto al balcón.

Y dirigiéndose a él:

- ¿Qué va usted a cenar, Joaquín?

- ¡Hombre! he dicho que me suban de los *Andaluces* un bacalao a la vizcaína...

Florentino me dijo al oído:

- ¡Dales comedias delicadas a éstos!

Para terminar el año, recogemos este texto de Manuel del Palacio y Luis Rivera (1864: 71), donde ya se menciona la inactividad y la pobreza de Sanz:

“Florentino Sanz (Eulogio)”

Cuando	la	pluma	esgrimió		
lo	hizo	siempre	con	aplauzo,	
mas	venciole	la	pereza		
y	entró	a	servir	al	Estado.
Hoy	que	está	cesante	y	pobre
de	la	pluma	no	hace	caso,
¿si	será	que	la	conserva	
para hacerse un tapa-rabo?					

En noviembre de 1865 encontramos dos noticias que nos hacen creer que Sanz tiene algún cargo relacionado con el examen y censura de obras teatrales. La primera la proporciona Jesús Costa (1992: 24): “En 1865 actúa como miembro de la comisión oficial que ha de juzgar el drama censurado de García Gutiérrez *Juan Lorenzo*” [51]. La segunda procede de *La Época* (30-XI-1865), que nos dice que Sanz forma parte de un jurado (con Fernández y González, Luis Mariano de Larra y otros) nombrado para examinar si ha de autorizarse la obra *Bernardo el calesero*, de Luis Blanc. Finalmente la autorizaron.

En febrero de 1866 Sanz recibió la visita de su paisano Zarza y Roldán. El relato de éste (1910: 23-27) nos permite atisbar ligeramente la intimidad del poeta, que,

desocupado, le recibe en su casa a media mañana y conversa con él de temas literarios.

Carecemos de más datos referentes a Sanz hasta el año 1868. Según el testimonio de Juan Valera, en esta fecha Sanz se encontraba en una situación de bastante necesidad; y sin embargo rechazó un cargo diplomático que, dada su filiación progresista, le ofrecieron las autoridades surgidas de la Revolución Gloriosa:

En los últimos años de su vida vivió en gran soledad y abandono, harto poco favorecido de la fortuna y desdeñando, no obstante, los favores con que la fortuna le brindó a veces, ya por considerarlos mezquinos en proporción a lo que él creía valer, y sin duda valía, o ya por considerarlos tardíos, inoportunos y nacidos de una compasión contra la que él se rebelaba, hallando humillante el someterse a ella.

En 1868, triunfante la revolución, el Gobierno provisional quiso enviarle de ministro plenipotenciario a Tánger. Don Eulogio Florentino Sanz no quiso aceptar el empleo, a pesar de la extremada pobreza en que entonces se hallaba. Y si se atiende a la elevación adonde llegaron tantos otros con muchísimo menos valer que nuestro poeta, él tuvo razón; no fue orgullo, sino dignidad, lo que le movió a no aceptar lo ofrecido, que más que de premio tenía trazas de limosna.

Seguramente fue el propio Valera quien le propuso el cargo a Florentino, ya que en octubre de 1868 había sido nombrado Subsecretario del Ministerio de Estado y se ocupó de estos menesteres [52].

¿Cómo luchaba Sanz contra la “extremada pobreza” de que habla Valera? Blasco (1886: 66) nos habla de su frugalidad: “Era un hombre que nunca necesitaba más que un duro”. También nos cuenta que en estos años “su verdadera casa y hogar” era el Casino de Madrid. Lugar de encuentro, de tertulia, de lectura de prensa... pero también de juego. El propio Blasco nos da cuenta de algún golpe de fortuna en el juego:

En su conversación, siempre graciosa, había frases que han quedado.

Ganó una vez al juego tres mil reales que le resolvieron muchas dificultades:

Y decía:

- No lo puedo negar. ¡Hay una Providencia!

- A los pocos días un amigo le pide prestados diez pesos.

El poeta, enseñando los bolsillos vacíos:

- ¡La Providencia está de veraneo!

Por estas fechas (hacia 1868) Sanz y Bécquer aún mantenían su amistad, como se comprueba en una conocida anécdota (véase Dolores Cabra, 1983: 287-288). En la tertulia del café Suizo, Manuel del Palacio leyó unos versos satíricos:

Llegó el Duque de Valencia: se le está poniendo el rabo [53].
Se espera con impaciencia a don Luis González Bravo.

Bécquer respondió ofendido: “No te consiento, Manuel, chanzas que emplazan a mi protector y amigo en otro lugar que el que él merece: la gloria en este mundo y en el otro.” Hicieron las paces gracias a que Sanz medió entre ellos, pero el episodio distanció a ambos [54].

Encontramos de nuevo a nuestro poeta en 1869, formando parte de la comitiva oficial en la inauguración del Panteón Nacional. Este acto se celebró con gran pompa el 20 de junio de 1869, y fue recogido por todos los periódicos [55]. Consistió en una larga procesión integrada por dieciséis carrozas, adornadas de distinta forma y acompañada cada una por un cortejo. Sanz acompañaba la carroza de Quevedo, lo que demuestra que la sociedad de entonces aún apreciaba la contribución de su drama para la dignificación de la memoria del gran escritor barroco.

De nuevo nos quedamos sin noticias de Sanz hasta el 20 de marzo de 1871, cuando acude al teatro de la Alhambra, donde el famoso actor Antonio Vico estrenaba *La capilla de Lanuza*, obra de Marzós Zapata que obtuvo un éxito considerable. Sanz, junto con otros nombres notables, se acercó a felicitar personalmente al novel actor, según cuenta el propio Antonio Vico en sus memorias (1902: 123).

Otro dato se refiere al papel de Sanz como divulgador de la poesía de Bécquer, fallecido el 22 de diciembre de 1870. Así lo comenta Blasco (1886: 66):

Era ocurrentísimo en la conversación, y se distinguía por un buen gusto literario exquisito.

Cuando aparecieron las Rimas de Bécquer [56], las impuso al Casino, que era su verdadera casa y hogar, a fuerza de repetirlas. Tenía muchos puntos de contacto con el poeta a quien celebraba. Era, como él, oscuro, soñador, independiente y desgraciado.

1872-1874. Embajador en Tánger. Boda en Cádiz

En 1872 mejora algo la suerte de Florentino. El 6 de abril la *Gaceta* publica el decreto que concede a Sanz la gran cruz de la Orden de María Victoria [57]. Y por Real Orden de 29 de septiembre es nombrado representante español en Tánger, con un salario de 15.000 pesetas anuales. En el nombramiento figuran los méritos de Sanz hasta el momento: gran cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, gran cruz de la Orden Civil de María Victoria, caballero de la Ínclita de San Juan de Jerusalén, exdiputado a Cortes.

Obsérvese que Florentino acepta ahora el mismo nombramiento que, según Valera, había rechazado en 1868. ¿A qué se debió el cambio de actitud? No lo sabemos. Tal vez sus penurias económicas fueran ya demasiado asfixiantes; o tal vez el hecho tenga relación con su próxima boda: no podía casarse ofreciendo a su esposa la indigencia. Pero no podemos pasar de la simple conjetura.

Sanz tomó posesión de su puesto el 31 de diciembre [58]. Poco después, en febrero de 1873, se establece la República, por lo que Sanz pone su cargo a disposición de las autoridades, aunque sigue en él, en espera de contestación. (Varios meses después, Castelar, presidente desde el 8 de septiembre de 1873, rechazará esta dimisión).

También indica Selden que el 12 de febrero de 1873 Sanz solicitó autorización para llevar a Cádiz, sin impuestos, cien botellas de vino. Sin duda esta curiosa noticia se relaciona con su boda. En efecto, Sanz contrajo matrimonio en Cádiz el 9 de mayo de 1873 con doña Consuelo Sierra y Cidrón [59], sin que sepamos ni cuándo ni dónde se conocieron los esposos.

Una referencia a su trabajo en Tánger procede de Zarza y Roldán (1910: 22), que menciona una carta que Sanz escribió a un amigo arevalense “desde Tánger, siendo embajador de España, y en la que se dolía del rudo trabajo que tal cargo le daba”.

Igual que había hecho en Berlín, nuestro poeta consiguió en 1874 un permiso, según Selden alegando mala salud. Esta licencia duró dos meses, desde el 10 de abril de 1874 hasta el 9 de junio. Justamente en esta fecha cesó en el cargo de ministro en Tánger; pero el mismo día era nombrado ministro plenipotenciario en México, “de cuyo destino hizo dimisión, admitida en el propio mes” [60]. Afirma Selden que, una vez más, la razón para solicitar la dimisión fue su mala salud. Es de suponer, por tanto, que Sanz estuviera de vuelta en Madrid con su esposa en julio de este año.

1874-1881. Años finales: pobreza y olvido

Los años finales de Sanz fueron verdaderamente lamentables. En ellos nuestro poeta vivió en el aislamiento y la pobreza. Según Selden (1917: xv), dependía de la caridad de sus amigos:

Los que le conocieron en los últimos años de su vida concuerdan en que arrastró una miserable existencia en suma pobreza, dependiendo de la generosidad de sus amigos. Hablan altamente de su integridad moral y al mismo tiempo deploran la debilidad de su carácter, que le impidió cumplir tanto como prometía en sus años de juventud.

Son muy escasos los datos que conocemos referentes a este período. En 1875 ingresó en la recientemente creada Asociación de Escritores y Artistas, según reseña Antonio Porpetta (1986). En 1878, según señala Selden Rose (1917: xv), vivía en el 45 de la calle Atocha. Sin embargo, posiblemente por sus dificultades económicas, el matrimonio cambió de domicilio, ya que en la fecha de su muerte Sanz residía en la calle Luisa Fernanda nº 23 [61]. Sanz murió, según Castro y Serrano (1891: 37) “infeliz y casi entre la indiferencia pública”. El fallecimiento se produjo el viernes 29 de abril de 1881, a las once de la noche [62]. El entierro tuvo lugar el 1 de mayo a las doce de la mañana. José Fernández Bremón dedicó al suceso un notable artículo necrológico [63]:

No muchos aunque escogidos amigos [64] seguían el féretro del Excmo. Sr. D. Eulogio Florentino Sanz, el 1 de mayo, a las doce de la mañana, desde el núm. 23 de la calle de Luisa Fernanda hasta la sacramental de San Lorenzo y San José. Triste resultó, por lo tanto, el acostumbrado tributo de los balcones enlutados, de la marcha fúnebre y de las flores y coronas que arrojaron las actrices del Español al desfilar la comitiva por delante del teatro. Los transeúntes miraban con curiosidad aquel espectáculo, que sólo algunos comprendían; los demás, viendo caer la ofrenda de flores desde las manos de la simpática Elisa Mendoza al metálico ataúd, comprendían que éste encerraba los restos de algún autor dramático o actor, únicos que obtienen esos honores póstumos.

Don Eulogio Florentino Sanz estaba ya olvidado por el pueblo [...]. Pertenecía a una generación literaria algo mermada por el tiempo y casi absorbida por la política o la administración. A decir verdad, si por sus aciertos merecía Sanz los aplausos debidos al poeta indiscutible, el público tenía también derecho a exigirle responsabilidad estrecha por haber malgastado la mayor parte de su vida y prohibir que diese su imaginación los frutos que de ella se esperaban y que hacían presentir sus primeros ensayos y la brillante acogida que obtuvieron.

[...] Caliente aún su cadáver, le han culpado de soberbio sus amigos: nosotros, que apenas le tratábamos, sólo nos atrevemos a acusarle de abandonado de sí mismo.

Acaso el autor de *Don Francisco de Quevedo* tomó en serio y participó de una manía literaria de la época romántica, en que era muy poético desdeñar a la sociedad, declarándose genio no comprendido; y si esto fuese cierto, no pensaba en justicia de sus contemporáneos, que tanto le aplaudieron. ¿Le aplaudirá la posteridad como los hombres de su tiempo? Es muy prematuro contestar a esta pregunta.

[...] A los contemporáneos nos corresponde, y particularmente a sus amigos, coleccionar e impedir que se extravíen los escritos de un poeta que disfrutó en vida de gran celebridad: el tiempo aquilatará su mérito absoluto: hoy es indudable que deben figurar en primer término.

Carrere (1908: 344) se refirió con pena a su tumba:

Está enterrado en el cementerio de San Lorenzo. Su sepultura ha sido profanada por la acción del tiempo y se halla en un estado lamentable.

Doña Consuelo Sierra

Produce tristeza considerar lo poco que Eulogio Florentino Sanz quiso o pudo proporcionar a su esposa. Desde luego, podemos intuir que el matrimonio no haría a ésta muy feliz: se casó con un embajador de España que a los pocos meses deja el cargo, rechaza otro destino que le ofrecen y ya no vuelve a tener empleo hasta su muerte, manteniéndose en una gran miseria.

Ya viuda, sabemos por Selden Rose (1917: xi) que reunió los documentos relativos a la carrera diplomática de su esposo para conseguir una pensión acorde con sus cargos. No sabemos si la consiguió, aunque parece que se vio obligada a solicitar continuamente subsidios y ayudas. Así, Zamora Vicente (1995: 462) la cita entre las 108 peticiones de ayuda denegadas en 1902 por la Fundación San Gaspar, de la Real Academia Española.

Doña Consuelo Sierra falleció en 1918. Al saber la noticia, Carrere, que la trató personalmente, le dedicó un bello artículo, en el que hace hincapié en las dificultades atravesadas [65]:

Acudía a las Academias en solicitud de dádivas, rogando los favores y las recomendaciones siempre con el nombre del poeta en los labios. [...] Las Academias, las Cofradías, abrían un expediente, y después de varias firmas y de una complicada madeja oficinesca, acordaban otorgarle a la viuda de Florentino Sanz un donativo de veinticinco pesetas. [...] Era una sombra dignificada por la ancianidad y por la pobreza, con el aire un poco pomposo de las damas de su tiempo, con los cabellos blancos, como empolvados, envuelta en unos largos gabanes amplios, como hopalandas, agobiada por la pesadumbre de la edad, vagando de una casa a otra en pos de la resolución del más imprescindible problema cotidiano, porque la viuda del poeta no tenía la calderilla necesaria para vivir día por día en su humilde rincón independientemente. [...] Doña Consuelo Sierra, viuda de Florentino Sanz, ha conservado su espléndida belleza matronil casi hasta los bordes de la senectud. El poeta la amó, acaso, apasionadamente, sexualmente. Florentino Sanz fue un gran pirata de amor. Ella debió de ser una magnífica sirena. [...] Después de los últimos espantosos años de

vejez y de miseria, la viuda del poeta ha ido a reunirse con él en la misma tumba olvidada y destrozada de la Sacramental de San Lorenzo.

II. SEMBLANZA: GRANDES CUALIDADES... Y GRANDES DEFECTOS

Los testimonios de amigos y contemporáneos nos ayudan a formarnos una semblanza del poeta de Arévalo. Se trata de una personalidad muy compleja. Por una parte, es un escritor muy dotado pero anulado en gran medida por un cúmulo de circunstancias; por otra, es un poeta con una visión hastiada y descontenta de la vida.

La primera cualidad que señalan las distintas fuentes es su talento. Castro nos habla de “su extraordinario talento”, y le llama “peregrino ingenio”. Valera dice que “La naturaleza le había dotado de poderoso y singular ingenio”, y habla de “la rica vena de su inspiración” y de “la energía de su lirismo”.

Gonzalo Calvo Asensio (1875: 153) subraya el ingenio de las producciones de Sanz, llevado a veces hasta la exageración:

El carácter particularísimo del autor que nos ocupa y que en él descuella a primera vista es el ingenio. Grande amigo de contrastes, aficionadísimo al claro-oscuro y los toques y cambiantes de luz, dado a las antítesis y contradicciones, y sobre todo, empeñado siempre en aparecer original, quizá a las veces salvando sus límites y con gran exposición de caer en lo extravagante, todas sus producciones [...] distínguense por la profundidad del pensamiento y por el arte con que sabe combinar los efectos.

Una de las manifestaciones de este talento, en la que están de acuerdo los biógrafos, es en lo ingenioso de su conversación y en su facilidad para la respuesta pronta y aguda. Hemos visto testimonios de ello aportados por Blasco y Castro.

Otra muestra de su inteligencia nada común fueron sus dotes para los idiomas, a las que se refiere Montalvo (1928:214):

Como políglota, dominó a la perfección nuestro idioma, el francés y el alemán, poseyendo además extensos conocimientos de otras lenguas.

Y también se reveló en su talento como crítico literario, puesto de manifiesto con especial relieve, como hemos señalado, por Castro y Serrano. En las páginas anteriores le hemos visto aconsejando en materia literaria a Manuel del Palacio, Pedro Antonio de Alarcón o Eusebio Blasco, quien afirma que “se distinguía por un buen gusto literario exquisito.”

Aparte de sus dotes artísticas, hay que subrayar como rasgos positivos de su carácter la honradez y la valentía al enfrentarse con la injusticia. Selden (1917: xv) nos dice que los que le conocieron “hablan altamente de su integridad moral” en medio de la pobreza. Su comportamiento como miembro de la comisión de actas de las Cortes, en 1859, donde denuncia la irregularidades de su propio grupo, demuestra esta afirmación.

Sin embargo, hay un hecho incontestable: a pesar de estas excelentes dotes naturales, Sanz fue incapaz de dar los brillantes frutos que todos esperaban de él. Su

incapacidad de trabajo y, en consecuencia, su incapacidad creadora, fueron proverbiales.

En efecto, una constante en la vida de Sanz fue el abandono de cargos y empleos. Dejó varias empresas periodísticas nada más comenzarlas; rechazó puestos diplomáticos; dimitió de otros empleos... En los dos cargos diplomáticos que desempeñó, aunque fueron de corta duración (no pasaron de los dos años), necesitó una licencia temporal. La única actividad en la que pudo durar algún tiempo fue en la de diputado (cinco años). Esta inconstancia o incapacidad de trabajo se dio igualmente en la literatura, ya que a lo largo de su vida encontramos largos espacios improductivos.

Al parecer, no se puede negar que la pereza tuvo una parte importante en esta improductividad. Muchos de los que le conocieron están conformes en este aspecto. Julio Nombela (1909: V, 706) se refiere a Sanz como “otro ilustre perezoso”. Castro y Serrano (1891: 42) apuntó que “todo le fue familiar, excepto la constancia y el apego para el trabajo”. Martínez Villergas (1854: 283) da un testimonio en fecha muy temprana: “He aquí un poeta amigo mío, que se ha hecho justamente célebre por su talento y promete aumentar su celebridad por su pereza.”

Añadamos, para terminar de confirmar este punto, la generosa semblanza de Gutiérrez Gamero (1962b: 361):

Le traté en el Casino, y me encantaron su afabilidad y su gracejo. Tenía ingenio, era muy culto y se llevaba de calle las simpatías de cuantos le conocieron, todos lamentando que aquel hombre, que hubiérase podido emparejar con los mejores poetas y autores dramáticos de su tiempo, la pereza invasora de su espíritu, que le cogió de punta a cabo, impidiera ser uno de los más esclarecidos.

Ahora bien, el problema se acentuó en los dos últimos decenios de su vida, hasta convertirse en una situación que podemos calificar de patológica, puesto que le llevó a vivir en la miseria. Lo primero que Sanz dejó de lado fue el teatro (1854); luego, la poesía (prácticamente no publica nada desde 1863); en la política estuvo también hasta 1863, cuando dejó el escaño (aunque volvió fugazmente a la diplomacia en el período 1873-1874).

Es dudoso que puedan explicarse separadamente su renuncia a la literatura y su renuncia a la vida pública. Probablemente son dos caras de la misma cuestión. Tampoco es creíble que haya una causa única: no se puede explicar este asombroso abandono sólo como un acto de pereza. Se trata más bien de un conglomerado de motivaciones.

Una de ellas es el orgullo, el excesivo convencimiento del propio valer. Los que conocieron a Sanz, unánimemente, señalan éste como su rasgo más llamativo. Así lo resalta Blasco (1886: 64), mostrándolo como causa de su abandono de la escena:

Su cualidad distintiva era el orgullo.

Orgullo de su propio valer, llevado hasta la exageración; ¿qué digo hasta la exageración? ¡hasta la miseria!

Prefería morirse de hambre a escribir versos que, según él decía, no habían de entender las gentes.

Desde que dio al teatro su comedia *Achaques de la vejez*, juró no escribir más.

Otro de sus mejores amigos, Castro y Serrano (1891: 38), también lo señala, aunque con un matiz: “Era soberbio de su valer, aunque humilde de lo que ignoraba”. Valera nos habla de “su melancólico humor y los extravíos de su soberbia”.

Según el propio Valera, este orgullo le provocó una visión distorsionada de su entorno y una incapacidad creativa, acompañadas de una tendencia a la sátira cruel y amarga:

El éxito extraordinario que obtuvo el drama titulado *Don Francisco de Quevedo*, y las alabanzas, si merecidas, algo extraviadas que se le tributaron, influyeron en el ánimo de don Eulogio Florentino Sanz, retrayéndole en vez de animarle, y produciendo cierta esterilidad mental que persistió hasta la muerte del poeta. [...]

Como poeta lírico y satírico malgastó la rica vena de su inspiración en amargas y crueles diatribas. La adulación servil y el terror que sus chistes crueles inspiraron le ensalzaron demasiado en su propio concepto y le apartaron y le aislaron de la realidad de las cosas.

Semejante es la dura semblanza de Núñez de Arce (1897: 446), quien hace hincapié en dos rasgos: mordacidad y soberbia:

Compartía con Hartzbusch [en el Parnasillo], si no el cariño, la preferencia de la gente moza, acaso obedeciendo, sin darse cuenta de ello, a la ley del contraste, el popular autor del drama *Don Francisco de Quevedo*, y algunos años después primer traductor de Enrique Heine en idioma castellano. Era Eulogio Florentino Sanz seco, amojamado, de tez biliosa y humor quebradizo. Agudo y ásperamente mordaz como el protagonista de su obra, que había tomado por modelo, susurrábase que meditaba de noche, en la quietud y el silencio del sueño, los feroces sarcasmos y sangrientas burlas con que sazónaba sus conversaciones del día siguiente. Yo no afirmo que esto fuese verdad; lo que sí digo es que sus aceradas frases y tremendas sátiras clandestinas le hicieron temible a la corte, granjeándole tanta reputación, por lo menos, como su obra más aplaudida.

Valía mucho, pero extremó tanto la estimación de sí mismo que se hizo desgraciado. Metiósele en la cabeza que el público no apreciaba sus producciones en todo cuanto se merecían, y para castigarle por su irreverencia rompió la pluma en mitad de su carrera y en la fuerza de sus años. Comparándose con otros, llegó a creer que ningún puesto oficial ajustaba bien a la grandeza de sus méritos, y prefirió arrastrar la triste vida de *bohémio* a admitir los altos cargos diplomáticos que en distintas circunstancias le ofrecían sus amigos y adversarios. Desdeñó el trabajo, sin disfrutar por eso del ocio con dignidad, que ha sido, es y será la aspiración constante de las almas superiores, hastiadas del vano ruido del mundo; no llegó a ser nada, porque quiso ser demasiado, y el instrumento con que labró su humillación y su ruina no fue la injusticia de los demás, sino la propia soberbia.

También Francisco Blanco (III, 212, nota) recoge la idea de que la miseria de Sanz le llegó por su propio orgullo. Según este autor, los últimos veinte años de Sanz “lo fueron para él de absoluto aislamiento, hijo del orgulloso espíritu de superioridad,

que le inducía a creerse injustamente postergado y a vivir en la inacción con perjuicio para su fama”. Añade después (III, 215):

Los que llegaron a conocerle, sin excluir a los más amigos, hablan muy mal de su carácter, tocado de orgullo desdeñoso y exigente, gracias al cual, y juzgando inferior su renombre al mérito de sus obras, se encastilló en un Olimpo inaccesible, de que no tuvo a bien salir en el último y más largo período de su vida.

Así lo indica también Carrere (1908: 343):

Habiendo llegado a conocer los días de oro de la celebridad y de la fortuna, anunció a sus amigos, en una hora de gran cansancio o de gran orgullo, que ya nunca volvería a escribir para el público. Y así fue; pasaba muchas noches transcribiendo a la cuartilla, de cierto, lo más rico y lo más verdadero de su arte, porque lo hacía desinteresadamente, sin miras de granjería ni ansia de la banal admiración, como cumpliendo una grata necesidad espiritual; pero a la mañana, yacían en pequeños fragmentos sobre la alfombra aquellas cuartillas, donde quizás había oro de inteligencia y calor de corazón. Aprendió a templar su alma en la fragua de orgullo de Enrique Heine, e indudablemente su renunciación fue un soberano gesto de desprecio.

El orgullo, por tanto, parece que tuvo parte importante en su abandono de la literatura. Y también fue causa de que, en el ámbito social, rechazara cargos o no los solicitara. Ya hemos visto cómo, según Valera, Sanz rechazó ser embajador en Tánger por esta razón. Según Castro (1891: 36), Sanz no fue académico de la lengua por la misma causa:

Aquí [en la Real Academia de la Lengua] se habría hecho su panegírico si una malaventurada soberbia ¡perdónenme sus manes que la califique así! no le hubiera aconsejado obtener, sin pedirlo, lo que entonces era forzoso pedir para obtener. Hoy nos honraríamos todos con firmar su propuesta, sin hacer caso de los aparentes desdenes que engendraba en su conducta una loca o más que poética fantasía.

Una consecuencia de su excesivo orgullo fue el desprecio que sintió para con muchos de sus semejantes. Blasco (1886: 66) pone en su boca esta frase: “el vulgo llena las dos terceras partes del globo”. Según Carrere (1907: 344): “Hubo en su vida dos pasiones absorbentes: su amor a la belleza y su odio a los necios, siempre desde la cumbre de su gran soberbia”.

Jesús Costa (1998: 185) da otra interpretación al retiro de Sanz, que se debió, según él, a “un profundo desacuerdo con el signo burgués de los tiempos”, lo que convirtió a Florentino en un romántico marginal, como Nerval, Baudelaire, Poe, Rimbaud y Verlaine, “lo más selecto del arte antiburgués del siglo XIX”. Algo de esto se vislumbra en la semblanza de Blasco, quien pone en boca de Sanz estas palabras: “ese mundo que aborrezco, de magnates o de banqueros”.

Costa, por tanto, enjuicia de esta forma a Sanz (1988: 183):

Sanz fue un epígono del romanticismo que no acabó de acostumbrarse a la mediocridad cultural y arribista que sacudió a España a partir de los años cuarenta del siglo pasado. Pudo vivir cómodamente del teatro, o de la política, como tantos románticos olvidados de su romanticismo. Pero Sanz quería una autenticidad romántica imposible ya en la España

moderada de Isabel II, más interesada en medrar y lucir que en llevar a la práctica ideales trasnochados como amor, libertad, justicia o fraternidad.

En opinión del mismo crítico (1992: 25), la desilusión política le llevó a la poesía intimista, al comprobar que por medio de la literatura no era posible cambiar nada:

Era lógico que con este pesimismo social se hermanara el literario. La desconfianza en la política como vía de cambio arrastró a Sanz a rechazar la literatura como expresión del debate ideológico de su tiempo, como instrumento del mismo, y a verla, en cambio, como arte de la intimidad, como poesía.

Lo que sí parece claro es que el carácter de Sanz se fue haciendo progresivamente huraño y antipático. Ya en su juventud, según señala Castro, sus ocurrencias críticas “si por una parte le acreditaban de docto, por otra le acarreaban fama de mordaz y cáustico en exceso”. Con el paso de los años pasó a mirarlo todo con gran descontento. “Circunstancias poco dichosas agriaron después su carácter”, dice Valera (1912: 1367), que añade:

Por su ingenio fue muy celebrado, admirado y temido; pero la estimación y la admiración que inspiró fueron poco simpáticas, y, más que atraerle hacia la sociedad de sus semejantes, le hicieron huraño y esquivo.

Tenemos varios testimonios, escritos por el mismo Sanz, que nos hablan de su descontento con todo y con todos, como su artículo *Divertirse*, de 1855.

A pesar de todo, tuvo muchos y buenos amigos, como Castro y Serrano, Eusebio Blasco, Pedro Antonio de Alarcón, Antonio María Fabié, Tomás Rodríguez Rubí, Pedro Calvo Asensio..., algunos de los cuales le recuerdan con afecto en sus escritos. Véase a este respecto lo que escribió Valera (2004: 290) en una carta privada a Tamayo y Baus al enterarse de la muerte de Sanz:

He visto en los periódicos la muerte de Eulogio Florentino Sanz, que he sentido mucho pues yo le quería, a pesar de sus extravagancias, que han abreviado y amargado su vida. Tratemos todos de tener *mens sana*, lo cual contribuye no poco a que la tengamos *in corpore sano*.

Sanz era seguramente consciente de sus defectos. Véase este diálogo que nos ha transmitido Blasco (1886: 68):

Gran empeño tuve de escribir una semblanza suya para comenzar con ella un tomo.

- Hablemos antes de eso.
- Hablemos cuanto quieras.
- ¿Vas a pintarme como soy?
- Sí.
- ¿Con todos mis defectos?
- Sin duda.

- Pues espérate a que me muera, porque entonces los defectos parecerán muy bien.

Le he cumplido la palabra. ¡Oh tierno amigo de mi alma! Descansa en paz; en mi memoria vives.

Podemos concluir, en suma, que, por desgracia, los defectos se sobrepusieron a las grandes cualidades de nuestro poeta, llevándole a la esterilidad creadora y al amargo final que ya conocemos. Final por el cual Blasco puso de relieve sus paralelismos con Bécquer: “Era, como él, obscuro, soñador, independiente y desgraciado”.

III. CATÁLOGO DE LA OBRA LITERARIA DE SANZ

En el siguiente listado se recogen las obras publicadas de Sanz de las que tenemos noticia. Además de estas obras publicadas, en el ya citado manuscrito 320 de la RAE se conserva un amplio número de textos manuscritos, aunque la mayoría son de un interés bastante limitado, dada su temprana fecha o su condición de simple borrador.

Salvo indicación expresa, los títulos citados corresponden siempre a poemas.

1.- Obras publicadas por Sanz

1842	<i>La manzana</i> <i>Boletín del Instituto Español</i> , 19-XI-1842 [66] <i>A Campoamor</i> <i>La Iberia Musical y Literaria</i> , 4-XII-1842
1843	<i>El viejo y el niño</i> <i>Boletín del Instituto Español</i> , 7-I-1843 <i>La Discordia</i> <i>Semanario Pintoresco Español</i> , 19-II-1843 <i>La razón de un duelo</i> <i>La Risa</i> (tomo 1, 55), 14-V-1843 <i>Epigramas</i> <i>La Risa</i> (tomo 1, 135), 13-VIII-1843 <i>Expiación</i> <i>El Heraldo</i> , 14-VIII-1843 <i>Epigrama</i> <i>La Risa</i> (tomo 1, 151), 21-VIII-1843 <i>Tradición de los infiernos</i> <i>La Risa</i> (tomo 2, 98-102), 31-XII-1843
1844	<i>La muerte del poeta</i> <i>La Iberia Musical y Literaria</i> , 18-I-1844 <i>La fiel castellana</i> <i>La Iberia Musical y Literaria</i> , 8-II-1844 <i>La bruja (cuento en prosa y verso)</i> <i>La Risa</i> (tomo II, 164-167), 25-II-1844 [67] <i>Fragmento</i> <i>La Iberia Musical y Literaria</i> , 25-II-1844 <i>A mi desconocida</i> <i>La Iberia Musical y Literaria</i> , 7-III-1844 <i>Calabazas</i> <i>La Risa</i> (tomo 3: 30-31), 21-IV-1844 <i>Allá va eso</i> <i>La Risa</i> (tomo 3: 79), 2-VI-1844 <i>Un sueño en el teatro</i> (cuento en prosa) <i>Semanario Pintoresco Español</i> , 1-IX-1844 [68]
1846	<i>Poesía</i> ("Surca fugaz pensamiento") <i>El Español</i> , 5-VI-1846 [69] <i>A Alejandro Dumas</i> <i>El Heraldo y La Gaceta de Madrid</i> , 17-X-1846
1848	<i>Don Francisco de Quevedo</i> (drama) Estreno: 1-II-1848
1851	<i>La escarcela y el puñal</i> (escena de drama) <i>Semanario Pintoresco Español</i> , 15-VI-1851
1854	<i>La última hoja</i> <i>Semanario Pintoresco Español</i> , 9-IV-1854. <i>Achaques de la vejez</i> (drama) Estreno: 13-X-1854
1855	<i>Divertirse</i> (artículo) <i>La Ilustración</i> , 3-XII-1855
1856	<i>Entre comillas</i> (artículo) <i>La Ilustración</i> , 7-I-1856

	<i>Epístola a Pedro La Iberia</i> , 26-II-1856 <i>Proximidad del amado</i> , de Goethe <i>Semanario Pintoresco Español</i> , 2-III-1856
1857	<i>15 Canciones de Enrique Heine El Museo Universal</i> , 15-V-1857 <i>Revista de modas [70] El Belén</i> , 24-XII-1857
1858	<i>Cuatro palabras a los lectores de este libro (ensayo) Obras en verso y prosa de Francisco Zea</i> , pp. 553-566 <i>A Amalia (en su álbum) La América</i> , 8-IX-1858
1859	<i>Canción (traducida del alemán) La América</i> , 24-II-1859
1860	<i>Tú, él y yo (traducida del alemán) Almanaque de las Novedades para 1860</i> , p. 55 <i>Recuerdo (balada) La América</i> , 8-I-1860
1861	<i>Presunción del amante Almanaque de El Museo Universal para 1861</i> <i>Canción ("¡Ay!... Esta noche, alma mía") Almanaque de Las Novedades para 1861</i>
1862	"De la flor, ya marchita" <i>Revista Española</i> , nº 2, pág. 114, 15-IV-1862 "Jamás te he de decir" (traducción) <i>Revista Española</i> , nº 4, pág. 333, 18-V-1862 <i>Poesía (Tu amor... o tu odio) [71] Revista Española</i> , nº 7, pág. 28, 15-VII-1862
1864	<i>En un álbum ("La serpiente es la envidia") La América</i> , 12-XI-1864
1871	<i>En la agonía (traducida del alemán) La Ilustración Española y Americana</i> , 2, 487, 5-X-1871
1875	<i>En un álbum ("Ya te dirán cien cantores") Almanaque Literario Barrera</i> , I-1875

2.- Poemas transmitidos por otros autores contemporáneos:

"Amargando tu existencia" (En *Doloras*, de Campoamor, 1846).

"Sarcasmo ruin de la suerte" (En *Doloras*, de Campoamor, 1846).

"Un sobrino carnal, corto de alcances" (En Eusebio Blasco, 1886).

3.- Poemas autógrafos (del manuscrito 320 de la RAE) editados hasta la fecha:

- Nº 95b: "Como abeja revolante" (¿1842?) (Bernaldo de Quirós, 2006b).

- Nº 118/7: *Laura dormida* (¿1840?) (Jesús Costa, 1992).

- Nº 253: "Ah, sarcasmo de la suerte" (Bernaldo de Quirós, 2006b).

- Nº 295: "Ni las auras que cruzan ligeras" (sin fecha). (Costa, 1992 y Bernaldo de Quirós, 2006b).

- Nº 365: Traducciones de Chamisso (1855). (Cubría, 2000).

En un trabajo actualmente en prensa, titulado “El adiós a Arevalo de Eulogio Florentino Sanz”, edito los siguientes textos autógrafos: N° 95: “Dormid, negro pensamiento”; n° 252: “A Medora, en su cumpleaños”; n° 296: “El Desafío”.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALARCÓN, Pedro Antonio de (1885). *Historia de mis libros*. Madrid: Pérez Dubrull. (En *Obras completas*, Madrid, Fax, 1943, pp. 3-28).

- Id. (1891). *Últimos escritos*. Madrid: M. Tello. (En *Obras completas*, Madrid, Fax, 1943, pp. 1833-1886).

ALONSO CORTÉS, Narciso (1913). *Juan Martínez Villergas: bosquejo biográfico-crítico*. Valladolid: Viuda de Montero.

- Id. (1957). “El teatro español del siglo XIX”. En Guillermo Díaz Plaja (ed.): *Historia general de la Literatura Hispánica*. Vol. IV (segunda parte), 261-338. Barcelona: Barna.

ANDRÉS, Ramón (1987). *Antología poética del Romanticismo español*. Barcelona: Planeta.

BERNALDO DE QUIRÓS MATEO, José Antonio (2003). *Ávila y el teatro*. Ávila: Diputación Provincial (Institución Gran Duque de Alba).

- Id. (2004). “Los enamorados juntos en la distancia: un tema becqueriano en dos poemas de Eulogio Florentino Sanz”. *ESPÉCULO, Revista de Literatura Española*, núm. 28 (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero28/flosanz.html>)

-Id. (2006a). “*Don Francisco de Quevedo* (1848), drama de Eulogio Florentino Sanz”. *ESPÉCULO, Revista de Literatura Española*, núm. 33.

- Id. (2006b). “La poesía breve de Eulogio Florentino Sanz”. *ESPÉCULO, Revista de Literatura Española*, núm. 34.

BLANCO GARCÍA, Francisco (1891-1894). *La literatura española del siglo XIX*. 3 vols. Madrid: Sáenz de Jubera.

BLASCO, Eusebio (1886). *Mis contemporáneos. Semblanzas varias*. Madrid: Francisco Álvarez.

CABRA LOREDO, Dolores (ed.). *La Ilustración de Madrid*. Madrid: El Museo Universal, 1983.

CALVO ASENSIO, Gonzalo (1875). *El teatro hispano-lusitano en el siglo XIX. Apuntes críticos*. Madrid: Rojas.

CARRERE, Emilio (1908). “De la vida de un poeta: Florentino Sanz”. *La Ilustración Española y Americana*, 8-III-1908. [Edición citada: *Emilio Carrere: Antología*. José Montero Padilla (ed.). Madrid: Castalia, 1999, 341-344].

- Id. (1918). "La viuda del poeta". En *Retablillo grotesco y sentimental*. Madrid, s.a. [Edición citada: *Emilio Carrere: Antología*. José Montero Padilla (ed.). Madrid: Castalia, 1999, 373-374].

CASTILLO Y SORIANO, José del (1907). *Núñez de Arce: apuntes para su biografía*. Madrid: Hijos de G. Hernández.

CASTRO Y SERRANO, José (1891). "Discurso de D. José Castro y Serrano en contestación al precedente". En *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié el día 24 de mayo de 1891*. Madrid: Tipografía de los Huérfanos, 27-43.

CEJADOR FRAUCA, Julio (1917). *Historia de la Lengua y la Literatura castellana*. VI. (Ed. facsímil: Madrid: Gredos, 1973).

COSTA, Jesús (1992). *Eulogio Florentino Sanz. Poesía original. Traducciones*. Lleida: Pliegos El Gnomo.

- Id. (1998). "El teatro de Eulogio Florentino Sanz entre dos revoluciones (1848-1854)." En *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan Manuel Díez Taboada*. José Carlos de Torres y Cecilia García (eds.). Madrid: C.S.I.C., 180-193.

CUBRÍA, María José (2000). "Eulogio Florentino Sanz traductor de Adelbert Von Chamisso". *El Gnomo*, nº 9, 185-207.

DÍEZ-CANEDO, Enrique (1914). "Gustavo Adolfo Bécquer y Eulogio Florentino Sanz". *La Ilustración Española y Americana* (8-5-1914), t. LVII, núm. XVII, 290-291. [Edición citada: Russell Sebold: *Bécquer*, Madrid, Taurus, 1985, 101-108].

DÍEZ TABOADA, Juan Manuel (1958). "Eulogio Florentino Sanz, poeta de transición." *Revista de Literatura Española*, XIII, 48-78.

FERNÁNDEZ BREMÓN, José (1881). Artículo necrológico sobre Sanz, sin título. *La Ilustración Española y Americana*, t. 25, núm. XII, 8-V-1881.

GARCÍA CAMINO, Víctor Gerardo (1977). *Vida y obras de Antonio Hurtado*. Cáceres: ed. del autor.

GONZÁLEZ BESADA, Augusto (1916). *Rosalía de Castro. Notas biográficas*. Madrid: Real Academia Española.

GORDILLO COUCIÈRES, José Luis (2000). *Vida de Manuel del Palacio con Madrid al fondo*. Valencia: Albatros.

GUTIÉRREZ GAMERO, Enrique (1962a). *Mis primeros ochenta años*. (Memorias, 1ª parte). Madrid: Aguilar, 2ª ed. Vol. I. (Fecha del original: 1925).

- Id. (1962b). *Clío en pantuflas*. (Memorias, 4ª parte). Madrid: Aguilar, 2ª ed. Vol. II. (Fecha del original: 1927).

HERNÁNDEZ LUQUERO, Nicasio (1972). "Redonda efemérides de un gran poeta (Eulogio Florentino Sanz)". *El Diario de Ávila*, 6-4-1972, 2.

LÓPEZ HERNÁNDEZ, Francisco (2004). *Personajes abulenses*. Ávila: Caja de Ahorros.

MARTÍNEZ CACHERO, José María (2001). “Eulogio Florentino Sanz (1822-1882), dramaturgo”. En *Homenaje a Elena Catena*. Madrid: Castalia, 321-332.

MARTÍNEZ VILLERGAS, Juan (1854). *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*. París: Rosa y Bouret.

MARTOS, Cristino (1854). *La revolución de julio en 1854*, Madrid: Imprenta del colegio de sordomudos y de ciegos.

MONTALVO, Juan José de (1928). *De la historia de Arévalo y sus sexmos*. Valladolid: Imprenta castellana. 2 vols.

MUTGÉ Y SAURI, Gerardo (1950). *Eulogio Florentino Sanz, autor del drama “Don Francisco de Quevedo”*. Barcelona: Torrell de Reus.

NOMBELA, Julio (1909). *Impresiones y recuerdos*. [Edición citada: Madrid, Tebas, 1976].

NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar (1897). “El Parnasillo (semblanzas e impresiones)”. En Emilio Cánovas: *Cánovas del Castillo. Juicio que mereció a sus contemporáneos españoles y extranjeros. Recopilación hecha por su hermano Emilio*. Madrid, Impr. de M. Romero, 1901, pp. 443-449.

OJEDA, Pedro, e Irene VALLEJO (2001). *Pedro Calvo Asensio*. Valladolid: Ayuntamiento.

OVILO Y OTERO, Manuel (1869). *Manual de biografía y de bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*. París: Rosa y Bouret (2 vols.)

PAGEARD, Robert (1990). *Bécquer. Leyenda y realidad*. Madrid: Espasa-Calpe.

- Id. (1995). “La poesía posromántica”. En *Historia de la Literatura Española. V: El siglo XIX*. Jean Canavaggio (coord.). Barcelona: Ariel, 119-141.

PALACIO, Manuel del (1904). *Mi vida en prosa. Crónicas íntimas*. Madrid: Victoriano Suárez.

- Id. (1870). *Cien sonetos*. Madrid.

PALACIO, Manuel del, y LUIS RIVERA (1864). *Cabezas y calabazas. Retratos al vuelo de las notabilidades en política, en armas, en literatura, en artes, en toreo y en los demás ramos del saber y de la brutalidad humana*. Madrid: Manuel Guijarro.

PÉREZ MATEOS, Francisco (1927). *La villa y corte de Madrid en 1850*. Madrid: Imprenta Hispánica.

PORPETTA, Antonio (1986). *Escritores y artistas españoles. (Historia de una asociación centenaria)*. Madrid: AEA E.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA (1991). *Catálogo de Manuscritos de la Real Academia de la Lengua*. Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia.

ROMERO TOBAR, Leonardo (1992). Una anatomía electoral. Correspondencia familiar (1855-1864) de Juan Valera. Barcelona: Sirmio.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús, y Javier URBINA (2003). “La correspondencia de Narciso Campillo en la Biblioteca Nacional: documentos relacionados con Gustavo Adolfo Bécquer y su entorno”. *El Gnomo*, 12, 11-91.

SCHINARI, Michael (1998). “Ventura de la Vega, Tomás Rodríguez Rubí y la lucha por el Teatro Nacional”. En Estudios de Literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan Manuel Díez Taboada. Madrid: C.S.I.C., 390-398.

SELDEN ROSE, R. (1917). Eulogio Florentino Sanz: “Don Francisco de Quevedo”. Edición crítica. Boston: Ginn and Company.

VALERA, Juan (1912). La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX. Notas biográficas y críticas. [Edición citada: Obras completas, vol. II. Madrid: Aguilar, 1961].

- Id. (2002). *Correspondencia. Volumen I. Años 1847-1861*. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo (eds.). Madrid: Castalia.

- Id. (2004). *Correspondencia. Volumen III. Años 1876-1883*. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo (eds.). Madrid: Castalia.

Veinticuatro diarios. Madrid, 1830-1900. Artículos y noticias de escritores españoles del siglo XIX (1972-1975). Madrid, CSIC, 4 vols.

VALLEJO, Irene, y Pedro OJEDA (2001). *El teatro en Madrid a mediados del siglo XIX. Cartelera teatral (1854-1864)*. Valladolid: Universidad.

VICO, Antonio (1902). *Mis memorias (cuarenta años de cómico)*. Madrid: Serrano.

ZAMORA VICENTE, Alonso (1995). *Años difíciles: Valle-Inclán y la Fundación San Gaspar*. Madrid: Real Academia Española.

ZARZA ROLDÁN, Florencio (1910). “Eulogio Florentino Sanz”. En *Folleto biográfico de los tres ilustres hijos de Arévalo: D. Eulogio Florentino Sanz Sánchez, D. Fabián Francisco García-Fanjul y Fernández y D. Luis Francisco Varas y López de la Llave*. Ávila: Tipografía de Sucesores de Jiménez, 6-28.

ZEA, Francisco (1858). *Obras en verso y prosa de D. Francisco de Zea*. Madrid: Imprenta Nacional.

NOTAS

- [1] Zarza Roldán (1910) y Francisco López (2004) reproducen la partida de bautismo de Sanz.
- [2] Zarza y Roldán (1910: 11) y Alonso Cortés (1957: 332).
- [3] Manuscrito 320 de la Biblioteca de la Real Academia Española de la Lengua. Se relacionan con detalle en el *Catálogo de Manuscritos de la Real Academia de la Lengua* (1991), pp. 316-319.
- [4] RAE, ms. 320, doc. 79.
- [5] Mesonero Romanos (en sus *Memorias de un setentón*) y Núñez de Arce (1897), entre otros, nos han transmitido sus recuerdos sobre este célebre café. Según Núñez, con el paso del tiempo Sanz llegó a ser una de las voces más escuchadas allí, sobre todo por los jóvenes. Y la causa era su envenenada lengua, que criticaba con crueldad a unos y otros.
- [6] En general las afirmaciones de Carrere hay que tomarlas con mucha precaución, porque suele poetizar a partir de algunos datos tomados de oídas. No obstante, algunas de las noticias que aporta sí parecen realmente fiables y valiosas.
- [7] Citado por Díez Taboada (1958: 50).
- [8] De todo lo que Florentino escribiera en *El Español*, tan solo he encontrado con su firma una *Poesía* el 5 de junio de 1846 (véase José Antonio Bernaldo de Quirós, 2004), aunque sería precisa una búsqueda más detallada. Como es habitual en el periodismo de entonces, casi todo lo que escribían los redactores iba sin firmar, mientras que sí solían llevar firma las colaboraciones.
- [9] Así lo certifica su amistoso discurso, que estamos citando frecuentemente, o este testimonio de Valera (1912: 1367): “Tuvo amigos muy devotos que discreta y apasionadamente le encaminaron, como don José de Castro y Serrano, pongamos por caso”.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo